

ELEGIAS Y ELOGIOS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTOS

POR JUAN DE CASTELLANOS,

BENEFICIADO DE LA CIUDAD DE TUNJA, EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.

TERCERA PARTE.

Donde se da razon de las cosas acontecidas en las gobernaciones de Cartagena y Popayán, desde el tiempo que en ellas entraron españoles hasta el año de 1588.

DEDICATORIA

A la Majestad del rey don Filipe, nuestro señor.

Católico señor, rey soberano,
Do celestial virtud se manifiesta,
Y en cuya potestad hoy tiene puesta
Dios la tutela del honor cristiano:
Esta labor que lleva solo grano
De verdad pura y al examen presta,
Para prosecucion de lo que resta
A vuestra Majestad pide la mano.
Porque si mereciere tal defensa
El gran memorial que redimiendo
Voy de la tirania del olvido,
Será la mas insigne recompensa
Que se me pueda dar é yo pretendo
Por paga del trabajo recibido.

AL LECTOR.

Lector amigo, claramente veo
Salir á luz aqueste monumento
Sin aquellos matices y ornamento
Que por ventura tienes en deseo.

Con solo la verdad lo hermoseo,
Porque no pide tanto crecimiento
De variedades, mas detenimiento
Del que suele llevar veloz correo.

La peregrinacion es inexhausta,
La vida breve, vena mal propicia
Para me detener en las jornadas.

Y así vamos de paso, porque basta
En aqueste compendio dar noticia
De las cosas que estaban olvidadas.

ELOGIOS DE LA OBRA

POR VARIOS INGENIOS.

*Domini MICHAELIS DE ESPEJO, præfecti ærarii ecclesiastici
Sanctæ-ædei, et vice præsulis hujus novi regni.*

AD LECTOREM.

Indorum quicumque cupis cognoscere terras
Immites gentes, proelia, regna, duces;
Mores, monstra, feras, et fortia facta virorum,
Et varios cultus, quos novus orbis habet:
Perlege quæ docti decantat musæ Joannis
De Castellanos carmine perspicuo.

Del licenciado CRISTÓBAL DE LEON, vecino de Santa-Fe.

Si pudiera llegar mi flaco vuelo
Adonde con el tuyo te abalanzas,
Tuvieras, Castellanos, alabanzas
Tan altas que subieran hasta el cielo.
Supla la falta dellas este celo
Que tuvo levantadas esperanzas
Cuando pensé con tales confianzas
Volar sobre los términos del suelo.

Mas ya que mas no puedo, me contento
Con hacer de mi parte lo posible,
Que es admirarme tu cabal historia,
De fabricas eterno monumento
En verso terso, dulce y apacible,
Digno por cierto de inmortal memoria.

De FRANCISCO SOLER, vecino de la ciudad de Tunja.

De tales elegancias se matiza
Vuestra suave musa cuando canta,
Que á la de los antiguos se adelanta
Y por los que son hoy se solemniza.
Aliéntase la frígida ceniza
Que del sepulcro frio se levanta
Oyendo vuestra lira, que con tanta
Facundia sus hazañas eterniza.

Con gran razon, heroico Castellanos,
Indiano morador os quiere y ama,
Mediterráneos y marinos puertos,
Viendo que con labor de vuestras manos
Viven los vivos por eterna fama,
Y tienen vida hechos de los muertos.

Del licenciado CIPRIAN DE LA CUEVA.

El seno mas preñado y generoso.
De la concha avarisima que cria
Los tersos granos que Colonia envia
Al último britano, al chino hermoso;
Y el objeto mas grato al codicioso
De fértil vena, que su aumento fia
Del planeta mayor, y al claro dia
Hurta el vivo color rojo y fogoso,
Por luna menstrua y por su hermano ardiente
Se alteran en virtud de oculto genio
Faltando á los pronósticos indianos:
Tú solo, sin temer nuevo accidente,
Coges el fruto eterno de tu ingenio
En heroicos poemas, Castellanos.

De DIEGO DE BUITRAGO, vecino de Tunja.

Los claros rayos del moderno Apolo
Alumbran y esclarecen la memoria
De nuestros españoles, con historia
Que no contiene fabuloso dolo.
Es Juan de Castellanos á quien solo
Deben los deste nombre dar la gloria
Por hacer él la dellos ser notoria
Al morador del uno y otro polo.
Y así de le llamar Febo segundo
Gran sinrazon seria que lo priven
Los que de sus efectos estan ciertos:
Pues con su luz en este nuevo mundo
Los grandes hechos de los vivos viven
Y renacen hazañas de los muertos.

De GABRIEL DE MINAYA.

Poeta lleno de licor divino,
Por influjo del alto firmamento,
Para manifestar vuestro talento
Tentastes asperísimo camino.
Y en el progreso que de vos es dino
Adelante pasais del pensamiento
Fabricando perpetuo monumento
Al español en Indias peregrino.
Homero tuvo de los suyos cargo,
Virgilio de la lacial arena
Y reliquias fugaces de troyanos:
Mas en las Indias, un mundo tan largo,
¿Quién puede? Nadie, fuera de la vena
Casta del casto y llano Castellanos.

Soneto del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.

Hechos heroicos de cenizas frias,
Que en el olvido fueron sepultados,
En esta historia estan resucitados
Con gloria eterna de sus bizarrías:
Las batallas, contiendas y porfias,
Reinos en nuevo mundo conquistados
Por españoles, cuyo triunfo y hados
Se vino á celebrar en nuestros dias.
Levántase el que está mas abscondido,
Y toma nuevo espíritu viviente:
Que Castellanos con su voz lo llama.
Sus nombres sonarán de gente en gente
Sin temer las tinieblas del olvido,
Siendo este Apolo trompa de su fama.

ELEGIAS Y ELOGIOS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

TERCERA PARTE.

HISTORIA DE CARTAGENA.

CANTO PRIMERO.

Dejad de descansar, pluma cansada,
Que no cumple dormir tanto la siesta;
Pues si pensais dar fin á la jornada,
Gran peregrinacion es la que resta;
Añadid á la tela comenzada
Aquella ciudad sobre mar puesta
Y aquel emporio cuyo nombre suena,
Por la bondad del puerto, Cartagena.

Destá y de Popayán, si tengo dia,
Propongo de tejer parte tercera.
Intemerata Madre, Virgen pia,
Linterna de la lumbre verdadera,
Bien conozco ser flaca mi Talia
Para poder pasar esta carrera;
Mas con vuestro favor, escelsa Musa,
No se me hará larga ni confusa.

Dicen en mas de diez grados ser esta
Costa, los que regulan el altura;
La gente natural es bien dispuesta,
Y pura desnudez su vestidura;
La mano para guerra siempre presta,
Las mujeres de grande hermosura,
Y el arma de quel indio se aprovecha
Es de mortal y venenosa flecha.

A los principios hubo gran tesoro
Que por el natural se poseia,
Porque todos traian joyas de oro,
Aunque la tierra destos no lo cria;
Mas resgatábanlo para decoro
Y aumento de su mucha gallardia
De lugares que son poco distantes
De auríferos veneros abundantes.

Destá riqueza lá comun eudicia
Que los humanos pechos afligia,
Habia dado ya cierta noticia
A quien en la Española residia;
Y la gente de allí, menos novicia,
Estos puertos y playas recorria,
Como fueron Ojeda y el Bastidas,
Personas de quien ya conté sus vidas.

Y aun antes no se daba poca priesa
En saltar por mar aquella tierra
El gobernador Diego de Nicuesa
Con otro capitán dicho Luis Guerra,
Que no cumplieron bien con su promesa,
Porque fuerza de indios los destierra,
Y allí vino también Juan de la Cosa,
Sin la hacer que fuese provechosa.

Pero poco después desta tragedia,
Cuando de Santa Marta fué teniente,
Acudió por allí Pedro de Heredia
Con razonable número de gente,
Cuya necesidad grande remedia
Con despojos del barbaro valiente,
Y la riqueza de la tierra vista
Deseaba pedir esta conquista.

Fué de Madrid hidalgo conocido,
De noble parentela descendiente,
Hombre tan animoso y atrevido,
Que jamás se halló volver la frente
A peligrosos trances do se vido,
Saliendo dellos honorosamente;
Mas rodeándolo seis hombres buenos,
Escapó dellos las narices menos.

Médicos de Madrid ó de Toledo,
O de mas largas y prolifas vias,
Narices le sacaron del molledo
Porque las otras se hallaron frias;
Y sin se menear estuvo quedo
Por mas espacio de sesenta dias,
Hasta que carnes de diversas partes
Pudieron adunar médicas artes.

A mi se me hacia cosa dura
Creello; pero con estas sospechas
Hablándole, miraba la juntura,
Y al fin me parecian contrabechas
Segun manifestaba su hechura;
Por ser amaratadas y mal hechas:
Certificábanlo muchos antiguos
Que todos ellos fueron mis amigos.

Después desta pasion, en tiempos varios
Como se viesse ya con miembros sanos
Teniendo los avisos necesarios
Que suelen tener hombres homicianos,
Mató de seis los tres de sus contrarios
Por no poder haber mas á las manos;
Fué también hombre de armas en fronteras,
Y no fueron sus lanzas las postreras.

Pero por declinar furor insano
Que de sus agravados se movia,
A las Indias pasó con un hermano,
Y este Alonso de Heredia se decia,
Varon sagaz, en dias mas anciano,
Y no menos en cuerda valentia;
En la Española fué primer escala,
Y el Alonso después fué á Goatemala.

Quedó Pedro de Heredia donde digo
Con mediano recurso de substancia,
Por haber heredado de un amigo
Un ingenio de azúcar y un estancia;
Mas deseoso de hallar abrigo
Donde fuese crecida la ganancia,
A Santa Marta fué como caudillo,
Y teniente de Pedro de Vadillo.

Ido Vadillo ya para Castilla
Sin dar de sus delictos residencia,
Pedro de Heredia gobernó la villa,
Usando como siempre su tenencia,
Y capitaneaba la cuadrilla
Con viva y admirable diligencia,
Hasta que Lerma vino con el mando,
A quien dió sus descargos en llegando.

Por no faltar quien diese dél querrela;
Pero como no fué de casos feos,
Honoríficamente salió della;
Y como de rescates y rancheos
Tenia recogida buena pella,
En ir á España puso sus deseos
Para pedir al rey el señorío
De las otras riberas del gran río.

Efectuóse luego su viaje
Con mediano caudal, y en salvamento
A su mujer y hijos y linaje
E á sus amigos dió contentamiento,
Como le vieron en ilustre traje,
Y con tan levantado pensamiento.
Habló al emperador como debía,
Dando razon de lo que pretendia.

Presentó luego las informaciones
De sus servicios llenas de testigos,
Mas no faltaron malas intenciones
Y envidias de los émulo antiguos,
Que contrastaban estas pretensiones
Segun suelen mortales enemigos;
Pero los del consejo sin embargo
Destá gobernacion le dieron cargo:

Representándole las cosas varias
Que sucedieron en aquella tierra
Desde que le mataron á Pedrarias
Trescientos con el capitán Becerra,
Con amonestaciones necesarias,
Mas para santa paz que para guerra,
Y que cumplieran para su demanda
Grandes avisos y la mano blanda.

Heredia tuvo cumplimiento lleno
De cortesanos agradecimientos,
Diciéndoles también que de aquel seno
Eran antiguos sus conocimientos,
Y pensaba traerlos á lo bueno
Con amistad y buenos tractamientos,
Usando de los términos cristianos
Primero que viniesen á las manos.

El despacho se dió que pretendia
De la gobernacion de Cartagena,
Y el término de tierra se estendia
Desde el gran rio de la Magdalena
Hasta el de Darién y su bahía,
Y por la tierra adentro fué muy llena,
Con las fuerzas y vínculos bastantes
Que se dan en negocios semejantes.

Puesto debajo la real tutela,
Luego se despachó para Sevilla,
Adonde para ver tierra novela
Se le convidó gente no sencilla;
Compróse galeon y carabela,
Estancos de costados y de quilla,
Y una fusta mandó hacer aposta
Para poder correr aquella costa.

Cargó mucha harina, mucho vino,
Armas, machetes, hachas y alpargates,
Y para contractar con el vecino
Diferentes maneras de rescates,
Con todo lo demás que le convino,
Hasta que á la moneda dió remates;
Y de la gente que se le llegaba
Escogió la que vido que bastaba.

Y en general á todos les avisa
En ropas ricas no hacer empleo,
Pues en entradas sobre la camisa
Podrian comportar otra de anejo,
Y no ropa de paño ni de frisa,
Por ser para calores mal arreo,
Ni curasen de plumas ni de cueros,
Pues no los respetaban aguaceros.

Y así cada cual dellos se pertrecha
Del atavío que les representa
Que para las entradas aprovecha,
Sin que de galas se hiciese cuenta;
Y los soldados ya la lista hecha
Fueron por todos tres veces cincuenta,
Varones singulares, de los cuales
Nombraremos algunos principales.

Urriaga, que fué guipuzcoano,
Y un Sebastián de Risa, vizcaino,
Hector de Barras, hombre lusitano,
Con dos valientes hijos y un sobrino;
Y Pedro del Alcázar, sevillano,
Y el leal Juan Alonso Palomino,
Después, en un rebelde desconcierto,
Por Francisco Fernandez Giron muerto.

Y Sebastián de Heredia su pariente,
Los Albadanes, dos hermanos nobles,
Con los cuales vinieron juntamente
Aquellos dos hermanos dichos Robles,
Que sin temor de Dios ni rey potente
En el Pirú tuvieron tractos dobles;
Vino Pedro Martinez de Agramonte,
También el capitán Alonso Monte.

Y Gonzalo Fernandez, cuyo marte
Fué de las guerras todas buen testigo,
Y así destos discursos me dió parte
Como quien me tenia por amigo;
Los cuales por escrito los reparte
De la misma manera que los digo;
Y es tanta su bondad, que me asegura
Ser todo lo que dice verdad pura.

Y el fuerte capitán Nuño de Castro,
Cuya noble progenie fué notoria,
El cual dejó de su valor tal rastro
Que allí será perpetua su memoria:
Padre de peregrinos, no padrastrero,
Y así goza de Dios y de su gloria;
Pues sus limosnas y misericordia
Lejos iban del reino de discordia.

Era de Burgos raro cortesano,
A guerrero rigor la mano presta,
Y al tiempo que yo fui misacantano
En su casa se celebró la fiesta,
En amistad me fué padre y hermano,
Y así diré después lo que me resta;
Pero segun su gran bondad obliga
Poco será por mucho que se diga.

Siendo pues yo soldado peregrino,
Allí me dieron amigable mano
Y recibí las órdenes, indino
De subir á lugar tan soberano;
Y en mi primera misa fué padrino
El dean don Juan Perez Materano,
Venerable persona, docto, santo,
Y Jusquin en teórica de canto.

Y el canónigo Campos, que hoy nos dura,
Entonces provisor en aquel clero,
Por mas honrarme me nombró por cura,
Después su Majestad por tesorero;
Mas porque para lo que se procura
Este digreso es algo rastro,
Quiero volver á nuestros navegantes
Y al mismo punto do quedamos antes.

Vino también Saavedra, tesorero,
Y Juan Velazquez, que veedor era,
Con otros cuyos nombres no refiero
Por no nombrar á toda la bandera;
Mas en prosecucion de lo que quiero,
A su tiempo daré razon entera
Cuando lo demandare la escritura
Y vinieren á buena coyuntura.

Estando todo pues aderezado
Para hacer viajes tan remotos,
Entraron en el puerto deseado
Todos ellos contritos y devotos,
Siendo Ginés Pinzon, hombre cursado,
Y Juan Gomez Cerezo los pilotos;
Y así dieron las velas á los vientos
Año de treinta y dos y tres quinientos.

Pasan por las Canarias, ven el pico
De Teida que domina los celajes;
Corta las ondas náutico hocico;
Continuando prósperos viajes,
Llégaron á San Juan de Puerto-Rico,
Contentos marineros y los pajes
Por no ver en marinos movimientos
Rigores que les den desabrimientos.

Compran guayaba, plátano, batata,
Y ven gente que traen á su voto,
Perdidos de jornada menos grata,
Que los traía Sebastián Gaboto
A conquistar el rio de la Plata,
Y se volvió con miedo de ser roto;
Estaban pues allí con intenciones
De no perder honrosas ocasiones.

Destos que procuraban su provecho,
Fué Francisco de César excelente
Y César en el nombre y en el hecho,
A quien Heredia lizo su teniente
Y lo tractó con amigable pecho
Por sus extremos grandes de valiente;
Porque el gobernador los tuvo tales,
Y siempre se preció de sus iguales.

Siguieron estas mismas opiniones,
Por estar de fortuna mal oprimos,
Dos hermanos llamados Hogazones,
Y dos que se decían Valdiviesos;
Y no señalo los demás varones
A causa de abreviar estos procesos:
Basta decir que fueron casi treinta
Hombres de bien para cualquier afrenta.

Con esta gente, que tenia brios
Bastantes para bélicas contiendas,
Deste puerto mandó hacer desvios
Levando cables y encovradas riendas;
En la Española surgen los navios
Y en Azica do tenia sus haciendas:
Allí desembarcó toda la gente
Y dió mantenimiento competente.

Luego determiné por su presencia,
Dejándolos á todos proveidos,
De ver á los señores del audiencia
Y á los demás amigos conocidos;
Recibieronlo con benevolencia,
Y allí halló también de los perdidos
De don Diego de Ordás y de Sedeño,
Los cuales deseaban hallar dueño.

Porque como tuviesen ya noticia
De su valor y gran entendimiento,
Y la jornada fuese de cuticia,
Segun en otras partes represento,
Cada cual lo regala y acaricia,
Y él tuvo generoso cumplimiento;
Y así recogió copia de soldados
Viejos y en los trabajos mas usados.

Y fueron los mas dignos de memoria,
Diestros en semejantes menesteres,
Un Gonzalo Ceron, Juan de Villoria,
Martinianez, Tafur, Sebastián Perez,
El bachiller ó licenciado Soria,
Montemayor, que fué después alférez,
Pinos, Alonso Lopez el de Ayala,
Y Bautista Cimbron, que les iguala:

Bartolomé de Porras, Villafañá,
Rivadeneira, Diego Maldonado,
Fué Francisco Cortés desta campaña,
Julian de Villegas, Alvarado,
Y Juan de Peñalver, que tuvo maña
Con ánimo y valor de buen soldado,
El capitán Hurones, Juan de Urista;
Con otros que no van en esta lista.

Serian pocos menos de cincuenta,
Hechos á hambres, frios y calozanos,
De quien Heredia hizo mucha cuenta
Por ser antiguos y conquistadores;
Y así por no perder tiempo ni renta
Luego se despidió de los oidores,
Fletando carabelas do llevallas
Y número bastantes de caballos.

Esta guerrera gente recogida
Con los demás pertrechos que llevaban,
Efectuóse luego la partida
A Azúa do los otros esperaban,
Donde se proveyó de mas comida,
De la que sus estancias abundaban,
Y allí tuvieron en aquel asiento
La fiesta del divino Nacimiento.

Año de treinta y tres era llegado
Del parto de la Virgen soberana,
Cuando para viaje deseado
Al manso viento dieron la mesana,
Por no lo ser entonces destemplado,
Antes hallaron siempre la mar llana;
Y á trece dias ya del mes de enero
Vieron á Calamar, pueblo frontero.

Al cual llaman agora Cartagena,
Y tal nombre le dieron al instante
Los que surgieron en aquel arena,
Por tener apariencia semejante
A la que de tormentas es ajena
En las aguas que dicen de Levante;
Mas este espacio es, segun mi seso,
Península de mar ó Quersoneso.

Es asiento que corre leste oeste,
Y quasi norte sur la travesía;
De los confines puertos es aqueste
El que menos enfermedades cria;
De raras disenterias es la peste,
Pero de las demás tierra sana,
Y al novicio que viene mal dispuesto
O le da sanidad ó mata presto.

Al oriente le cae por frontera
Un promontorio; no de gran altura,
Que comunmente llaman la Galera
Por la similitud de su hechura;
Al poniente del puerto, no muy fuera,
La isla de Carex le da clausura;
Y á causa deste natural concierto
Por dos canales entran en el puerto.

La latitud de mar á mar es breve
De quien el istmos dicho va cercado;
A la parte del sur el mar aleva
Ancon hace quieto y abrigado;
En la ciudad el agua que se bebe
Es gruesa, de sabor algo salado,
De jaqueyes que tienen estas gentes,
Que son manantiales no corrientes.

Mas donde de regalos hay ventajas
Y desean beber el vaso lleno,
El agua tienen muchos en tinajas
Donde gozan de sol y de sereno,
Cerradas porque no les caigan pajas
O (de los muchos) animal obsceno;
Y de mañana sacan agua fria
La que pueden beber en aquel dia.

No faltan calurosas pesadumbres,
Y quasi siempre suda la mejilla;
Hay huertas hoy pobladas de legumbres
Nativas y traídas de Castilla;
Mas estas allí mudan sus costumbres,
Pues no producen granos de semilla,
Y así siempre les va de tierra estraña,
Deste reino mas breve que de España.

Hay pepinos, cohombros y melones,
Copia de calabazas, berenjenas;
Hay naranjas y limas y limones,
De que casas y huertas están llenas;
Hay uvas, á sus tiempos y sazones,
De parras que se dan allí muy buenas;
Hay de la tierra frutas diferentes,
Gustosas, olorosas y excelentes.

Hay caimitos, guanábanas, anones
En árboles mayores que manzanos;
Hay olorosos hobos que en faiciones
Y pareceres son mirabolanos;
Hay guayabas, papayas y mamones,
Piñas que hinchen bien entrambas manos,
Con olor mas suave que de nardos,
Y el nacimiento dellas es en cardos.

Hay plátanos que es fruta cudiciosa;
A manera de árbol es su planta,
Mas no lo es aquella muy umbrosa
Y estéril de quien vieja musa canta,
Pues á la fruta destos deliciosa
Musa le llaman en la tierra santa,
Y no sé por qué via ó qué hombre
Acá de plátano le puso nombre.

(Aquí faltan una ó dos hojas del original.)

Y en una jaula destas en mis dias,
En cierto pueblo de doña Costanza
De Heredia, su criado Pero Diaz
En seis ó mas ensangrentó la lanza,
No sin ayuda de las compañías
A quien mas competia la venganza,
Pues en sabiendo ser presa la fiera
Luego se convocaba la frontera.

Cosa digna de ver es la postura
Y el rostro fiero con que se menea
Viéndose rodeado de clausura,
Y fuera gente que lo garrochea:
Tienta los gruesos palos, y procura
Rompellos por salir á la pelea;
Mas como bajo y alto halla fuerte
Con lanza ó arcabuz padece muerte.

Yo vi los cueros, y uno dellos era
Tal que lo tanteaba con espanto,
Pues (según lo común en esta fiera)
Tenía lo que todos, y otro tanto,
Menos lugar cubrió bima ternera
Bien extendido su veloso manto;
Y este, considerados sus tamaños,
Era como novillo de tres años.

Es la tierra por partes salebrosa,
Y poca que se pueda decir llana,
Y por la mayor parte montuosa,
Aunque como dijimos tierra sana,
Por ser siempre mas seca que lluviosa;
Para ganados hay poca zavana:
Ciertos hatos hay hoy de lo vacuno,
Pero de los demás cuasi ninguno.

Muchas gallinas hay de gentil casta;
Y como por allí ceban con grano,
Carne de puercos es la que se gasta,
Y tiénesse por alimento sano;
Mas esta, ni de fuera no les basta,
Por ser mucho gentío castellano;
Perdices también hay en la montaña
En grandeza mayores que de España.

Son poco diferentes en la traza
Y no menos gustosos sus bocados;
Hay conejos, cories y otra caza,
Pero muy poca la de los venados,
Pues como dicho tengo se embaraza
La tierra con los montes apretados;
Aves diversas la marina cria,
Y en sus ancones mucha pesquería.

Ya dije desnudez ser el arreo
Así de hembras como de varones,
Y para remediar el traje feo
Podrían tener copia de algodones;
Mas ya se cubren todos con anjeo
De justas camisetas y calzones,
Y las hembras por campos y por villas
También usan camisas y faldillas.

Esta costumbre tienen desde cuando
El doctor Melchior Perez de Artiga
Como censor andaba visitando
Las villas y lugares desta plaga;
Y así la gente dellas por su mando
Cubrió su desnudez según la paga,
Porque varón y hembra se vestía
Por orden del posible que tenía.

Pero dejemos estos atavíos
Comó cosa que tiene su concierto,
Y agora no tractemos de los ríos
Ni de lugar poblado ni desierto;
Pues es justo volver á los navíos
Que ya dejamos surtos en el puerto,
Los cuales vistos por la gente fiera
Apellidaron toda la frontera.

Y aquella noche, puestos en paradas
En partes encubiertas y secretas
Haciendo grandes fuegos y ahumadas,
Sonaba gran estruendo de cornetas,
Y por la playa van gentes armadas
Que no quieren á sueño ser subyetas,
Porque de los recuentros atrasados
Estaban temerosos y avisados.

Fueron tantos los fuegos y faroles
Que el indio hizo para su seguro,
Ya por la playa, ya por los peñoles
Del promontorio con intento duro,
Que no pudieron nuestros españoles
Saltar en la ribera con obscuro;
Y así determinaron que saltasen
Cuando solares rayos alumbrasen.

Y cuando ya venía descubriendo
Apolo su dorada cabellera,
Los nocturnos vapores esparciendo
Y nublados que cubrían la ribera,
Por inquietas ondas estendiendo
Lumbre que por la cumbre reverbera,
Marineros, maestros, coroneles,
Ponen á punto barcos y bateles.

Cargan en ellos todos los pertrechos
Que son del uso del cristiano bando,
Adargas y rodelas en los pechos,
Los caballos asidos y nadando,
A la frontera playa van derechos
Do bárbaros estaban esperando;
Mas como de los tiros hay estruendo,
A Calamar se iban retrayendo.

No viendo ya peligros manifiestos,
Sacan á tierra gentes y caballos,
Y como tienen aderezos prestos,
Brevemente pudieron ensillarlos;
De necesarias armas son compuestos
Aquellos que sabían meneallos,
Colchadas de tupidos algodones
Y coracinas todos los peones.

Las láminas de cuernos aserrados
Que con fuego trajeron á blandura,
Al modo de corazas enlazados
Que puestos imitaban su hechura;
Mas fueron tan molestos y pesados
Que el sufrimiento fué de poca dura:
Ovieron estos cuernos en los hatos
De la Española, por valer baratos.

Mas á los que los llevan por tutela
El peso de tal suerte les embarga,
Que quien mas de la flecha se recela
Tuvo por bueno de dejar la carga;
Armándose de sola la rodela
Aunque no fuese la carrera larga:
Que la fatiga del calor inmensa
No consintió llevar otra defensa.

Recoge pues Heredia sus soldados
Formando concertados escuadrones;
Los caballos delante bien armados,
A las espaldas dellos los peones,
Y á pasos lentos porque descansados
Entrasen en guerreras confusiones,
Fueron al pueblo do mas gente suena,
Que es Calamar y agora Cartagena.

Los indios, conociendo su venida,
Las mujeres y hijos echan fuera,
Y luego como vieron estendida
Cercana de las casas la bandera,
También ellos se ponen en huida
Que ningún morador destos espera,
Salvo Corinche, bárbaro ya cano,
Que no pudo huir de muy anciano.

Una india, llamada Catalina,
Desde Santo Domingo se traía,
Y era de Zamba, pueblo que confina
Con los que viven en esta bahía;
En lengua castellana muy ladina,
Y que la destas gentes entendía;
La cual desde esta costa llevó presa,
Siendo muchacha, Diego de Nicuesa.

Con esta le hablaron al cautivo
Las cosas que les eran convenientes,
Y fué lo principal que su motivo
Era hacellos deudos y parientes,
Y siempre con amor caritativo
Enseñalles costumbres excelentes,
Abriéndoles con ellas fin camino
Cuyo fin goza de favor divino.

Y pues él sabe cuál es mas abierto
Para Zamba, con toda diligencia
Procure de mostralles uno cierto
Si no quiere que pierdan la paciencia;
Pues tienen de hacer en aquel puerto
Para siempre jamás su permanencia,
Y que por bien ó mal, ó paz ó guerra,
No tienen de dejar aquella tierra.

Corinche, percebidas las razones,
Luego les respondió que le placía,
Pero no con sinceras intenciones,
Según que vieron el siguiente día;
Pues fué guiando por las poblaciones
Donde la mayor fuerza residía,
La tierra adentro acia Turuaco,
Que deste compás fué lo menos flaco.

Sabiendo bien que por aquella frente
Mataron en los años atrasados
Al justador Pedrarias mucha gente,
Siendo todos magnánimos soldados,
Y al capitán Becerra juntamente,
De quien eran no mal acaudillados;
Y así pensó que los recién venidos
Fueran desta manera consumidos.

Llegado pues el nublado tenebroso,
En Calamar la gente castellana
Puso sus velas y tomó reposo
Hasta tanto que vino la mañana.
Dijoles misa cierto religioso,
Que llamaban el padre Mariana,
Y dados á los cuerpos alimentos
Prosiguen adelante sus intentos.

Dejando los navíos á recado
Y en ellos gente bien apercebida,
El caballero y el peon armado,
Pusieron en efecto la partida;
Corinche, de peones rodeado,
Guiando por la vía referida
A Turuaco, mas llegando junto
Guerreros escuadrones ven á punto.

Opónense catervas de salvajes;
Levantase la grita y alaridos,
Larga y espesa selva de plumajes,
Voces que se confunden los oídos;
Resuenan sagitíferos carcajes,
Los golpes de los arcos y crujidos;
Rompe los aires indica corneta,
Y aca cualquier caballo se inquieta.

Dan muestra las orejas que se espanta
De ver y oír salvajes inhumanos;
Sobre los piés traseros se levanta,
Ningun sosiego tiene con las manos,
Y tanto mas se azora y se quebranta
Cuanto los indios via mas cercanos,
Hasta tanto que ya nuestro jinete
Hiere de las espuelas y arremete.

Pelea cada cual donde se halla,
Sin poder acudir adonde quiso,
Porque la ferocísima canalla
Se vido cuasi cuasi de improviso:
Cobra valor y fuerza la batalla,
Andan entrambas partes con aviso,
La tierra cubren venenosos tiros
Y golpes causadores de suspiros.

Bien como cuando de los altos senos
Viene ventosa nube descargando
Granizo con relámpagos y truenos,
Las sendas y caminos ocupando,
Pues los altos y bajos quedan llenos
Y el circunstante suelo blanqueando,
Poniendo las borrascas semejantes
Impedimentos á los caminantes:

No con menos horror suenan los puertos
En aquestos conflictos presurosos,
Los lugares que huellan ya cubiertos
De piedras y de tiros venenosos,
Andan por cima de los hombres muertos,
Destiérnense descansos y reposos:
Quien mas pelea y el que mas trabaja
No conoce victoria ni ventaja.

El gobernador va por la pelea
Como bravo leon en el semblante:
Atropella, derriba y alancea
A cuantos se le ponen por delante;
Con singular destreza se menea
Al fervoroso turno semejante,
Y tanto prosiguió pasos perplejos,
Que de los suyos se halló muy lejos.

Los indios que lo ven en el conflicto
Solo, sin que con él alguno sea,
Formaron un espeso círculo
Caudillos de la bárbara ralea,
Con número de indios infinito
Que de una parte y otra le rodea;
Y fué tan numerosa la pujanza
Que pudieron asille de la lanza.

Viendo su lanza ser embarazada
Del escuadron feroz que la pretende,
Valióse de los filos del espada
Con la cual desta furia se defiende;
Lastima con sangrienta cuchillada,
Corta molledos, y cabezas hiende;
Miran acaso, ven las confusiones,
Acuden caballeros y peones.

Llegaron á tan buena coyuntura,
Repartidos por una y otra parte,
Que se pudo librar de la presura
Donde ya lo traían de mal arte,
No sin estrago de la gente dura
Que hizo con el fino bracamarte;
Pero salió del dicho detrimento
Cubierto de sudor y sin aliento.

Porque entonces el sol con su cuadriga
El hemisferio por igual demedia,
El aire falta quel calor mitiga,
Ningun soplo de viento lo remedia;
Aumentan demás desto la fatiga
Las armas de algodón al buen Heredia:
Y así con ansiosas turbaciones
Pide que le relajen los botones.

Acuden españoles que hay en torno,
Para hacer aquello que pedía:
Mitigase la furia del bochorno,
Porque también le dieron agua fría:
Mas si el lugar ardia como horno,
Mucho mas la batalla se encendía;
Y así sin esperar el aire frío
A ella revolvió con mayor brío.

El Francisco de César acompaña,
Montes y Juan Alonso Palomino,
Juan de Villoria, Pinos, Villafaña:
Que en este riguroso torbellino
Todos se daban admirable maña
Y hacían bien ancho su camino;
Mas bien han menester que les ayuden,
Pues cuantos mas derriban mas acuden.

Con su valor Heredia los provoca,
Y el valeroso César muchos hiere:
Es su caballo muy duro de boca,
Y no puede mandallo como quiere:
Mas se desmanda cuanto mas le toca
La flecha, sin que los demás espere;
Pero por donde quiera que lo lleve
El caballero hace lo que debe.

En este tiempo los arcabuceros
En los indios hacían gran estrago,
Por tener tan espesos los terreros
Que ningunas pelotas dan en vago;
Los indios no se hallan tan enteros
Como los que decían; Santiago!
Y así se meten por las espesuras
O partes que les eran mas seguras.

El buen gobernador incontinente
Mandó que se recojan los soldados
Que pelearon valerosamente,
Aunque, como ya dije, derramados;
Recorre las escuadras de su gente,
Halló los treinta dellos maltractados,
A los cuales él hizo curar luego,
Y la principal cura fué con fuego.

Estos con buena guarda de caudillos
Encaminaron al marino puerto;
Danles á beber agua de membrillos,
Y sanaron mediante buen concierto,
Aunque quedaron flacos y amarillos,
Y Juan del Junco Montañés fué muerto;
Pero de los caballos que hirieron
Cuatro de los mejores perecieron.

Y el de César, con ser el que tenía
La carne mas que todos lastimada,
Escapó del gran riesgo que corría,
Y le sirvió muy bien en la jornada;
Y es porque le lavaba cada día
Las heridas con el agua salada;
Mas tuvo por grande maravilla
Salir el amo bien de la rencilla.

Pues cuando fuga el caballo hizo,
El freno remordiéndolo con los dientes,
Descargaban en él como granizo
Las mortíferas flechas destas gentes,
Y tantas como puntas un erizo
De las colchadas armas van pendientes;
Las muy metidas fueron veinte y una,
Mas á las carnes le llegó ninguna.

La causa fué de no herirle tanta
Flecha las buenas armas de algodones,
Debajo dellas una cuera de anta
A donde reparaban los harpones,
O por mejor decir ayuda santa
Y algunas religiosas devociones;
Pues no matallo los que vieron esto
Decían ser milagro manifiesto.

Dejando pues aquel espacio vago
Los indios á los fuertes vencedores,
Entraron la ciudad de Turuaco
Sin se hallar en ella moradores;
Pero tuvieron razonable saco
No sin gana de ver otros mejores,
Porque lo substancial de sus haberes
Habían abscondido las mujeres.

Visto pues que la gente se desmanda
Mas de lo que cumplía salir fuera,
Con penas de rigor Heredia manda
Que todos se recojan á bandera,
Como quien conocía no ser blanda
La gente natural desta frontera;
Y así huyendo del inconveniente,
A los soldados dijo lo siguiente:

«Esta gente yo sé no ser cobarde,
Antes falta de todo sufrimiento,
Y tienen de buscarnos esta tarde
Con intención de darnos otro tiento;
Y aquí no nos conviene que se aguarde
Sino que les dejemos el asiento,
Y en tal lugar debemos esperarnos
Que puedan revolverse los caballos.

«Parece ser, como lo pedimos,
Aquel llano poblado de labranzas;
Ellos han de pensar que les hūimos,
Y allí se han de temprar sus destemplanzas
Porque podremos bien, según decimos,
Menear los caballos y las lanzas.»
Esto dicho, sacó la compañía
Ocupando la parte que decía.

Y mandóles estar apercebidos,
A punto las espadas y rodela,
En partes diferentes repartidos
Y el caballero presta las espuelas:
Ansímismo por árboles subidos
Soldados que hacían centinelas,
Porque si descubriesen escuadrones
Diesen aviso y arma con pregones.

Presto se vido ser consejo sano
Para salir mejor de los conflictos;
Pues apenas llegaban á lo llano,
Cuando vieron plumajes infinitos
Que descendían con potente mano,
Dando terribles y espantables gritos,
Temeroso ruido de cornetas
Y abundancia de dardos y saetas.

Vistos por el Heredia, dijo luego:
«Señores, si ganais esta victoria,
Con ella granjeais vuestro sosiego,
Y vuestra gran virtud será notoria:
Y pues sois españolés, solo ruego
Que de vuestro valor tengais memoria,
Que si ponemos esto por delante
Ningun rigor habrá que nos espante.

«Gran nube viene, y el turbión es grande
A causa de llover sobre mojado;
Mas aquí le haremos que se ablande
Quien de dureza viene mas armado,
Como ningun soldado se desmande
Del orden que tenemos concertado,
Con el cual, en oyendo nuestra trompa,
Abra los ojos, y contrarios rompa.»

Dijo su parecer, y los soldados
Las condiciones puestas obedecen,
Los mas modernos dellos admirados
De ver los escuadrones que parecen
Con diademas de oro coronados,
Que de rayos heridos resplandecen,
Y con betumen negro ó colorado
Viene cada cual dellos embijado.

En esto ya llegaban á la plaza,
No con menos furor que bestias fieras
Dando lijeros saltos tras la caza
Y abalanzándose por las laderas:
El arco corvo se desembaraza;
Suenan engañosas silbaderas;
Mas desque ya los vieron en los llanos
Al encuentro salieron los cristianos.

El buen gobernador iba delante
Dando de su valor patente muestra,
Recambiando la lanza penetrante,
Vez á la diestra, vez á la siniestra;
Corría rojo río y abundante
De los que clava su potente diestra;
Brama la tierra con mortal gemido,
Y aumentase la grita y alarido.

César iba haciendo maravillas
Dignas de su valor y de su nombre,
Rompiéndoles costados y ternillas,
Con brio que parece mas que hombre;
Acuden las católicas cuadrillas,
Procura cada cual ganar renombre,
Cubre los campos ciega polvareda
De la batida y rehollada greda.

Confúndese la junta de salvajes;
Crecían los horrisonos bullicios,
Acrecentando furias y corajes
Con los sanguinolentos ejercicios;
Cubriase la tierra con plumajes
Caidos de los vivos edificios;
Huellan unos y otros litigantes
Por encima de miembros palpitantes.

Bien como los que van rompiendo breña
Espesa con agudos segurones,
Para cosas que siempre les enseña
Necesidad maestra de invenciones,
Ocupando la tierra con la leña,
Trozos de palos, ramas y troncones,
Quedando de los árboles tal rima
Que no pueden andar sino por cima:

«Esta manera son los embarazos
Que ponen á los vivos los caídos,
Con piernas y con pies, manos y brazos
Que por aquel lugar están tendidos:
Cabezas repartidas en pedazos,
Y sesos derramados y esparcidos,
Con los demás beligeros pertrechos
Con que se mueven semejantes hechos.

Incitan á la bárbara bandera
Las noctigenas hijas de Aqueronte;
Mas ella de victoria desespera,
Buscando los latibulos del monte;
Y así cuando su roja cabellera
El sol metía tras del horizonte,
Los indios que quedaban con la vida
Sin orden se pusieron en hūida.

Viéndose la victoria ya patente,
Y para mas honor mayor indicio,
A Dios dió cada cual devotamente
Gracias por tan inmenso beneficio;
Pues con el vencimiento desta gente
Venían los demás á su servicio,
Y así el gobernador con grato gesto,
Recogida la gente, dijo esto:

«Cierto, señores míos, yo no siento,
Si buenos hechos piden alabanza,
Quién pueda dar con ella henchimiento
A los que vemos hoy de vuestra lanza
En este milagroso vencimiento
Contra dudosa y aspera pujanza;
Cuya hūida vino tan á pelo
Que bien pareció ser obra del cielo.

«A Dios demos las gracias y la gloria,
Y el rey del galardón tenga cuidado,
Porque de Dios nos vino la victoria,
Y aquí venimos por real mandado,
En cuyo nombre yo terné memoria
Que sea cada cual galardonado
Con aquel miramiento que conviene,
Después de ver lo que la tierra tiene.

«Vencimos el contrario mas soberbio
Que solía tener esta frontera;
Vencimos y cortamos aquel nervio
Que á los demás servía de barrera;
De manera que todo queda pervio
Para poder pasar por donde quiera,
Pues los temores destes rompimientos
Son durísimos frenos y escarmientos.

«Y pues se llegan ya nublados oscuros,
Vamos á Turuaco, cenaremos,
Que puesto que durmamos intramuros,
Ningun impedimento hallaremos,
Antes nos hace su temor seguros
Para que del trabajo descansemos,
Mayormente teniendo velas puestas,
Rondas y centinelas por las cuestas.»

A questo dicho, fueron al asiento
Sin que hallasen bárbaro contrario,
Y con el recatado miramiento
Que no tiene juicio temerario
Dan á los cuerpos el mantenimiento
Que fué según su hambre necesario;
Y como suelen los que se recelan,
Los unos duermen y los otros velan.

«Mas cuando descubrió su roja frente
Apolo con el raptó movimiento,
El sabio capitán y diligente
De principales hizo llamamiento
Para manifestalles lo que siente
Y conocer ajeno sentimiento
Cerca del parecer que mejor era,
El cual lo consultó desta manera:

«Señores, si el camino comenzado
Puede por tiempo dar algun reposo,
Parece que ya teneis andado
No menos que lo mas dificultoso;
Pues que, bendito Dios, va desmembrado
Un enemigo siempre victorioso,
Cuya crúel y vengadora diestra
Nadie la quebrantó sino la vuestra.

«Agora será bien que se discante
Sobre cuál destes es mejor concierto:
O pasar con las armas adelante
Por el camino que teneis abierto,
O determinación mas importante
A nuestra pretension, volver al puerto,
Para reconocer con advertencia
Asiento que prometa permanencia.

«Esta perplejidad os manifiesto,
Cuya resolución de vos confío;
Y según que por vos fuere dispuesto,
Desa suerte daremos el avio,
Pues vuestro parecer acerca desto
Determino tener por proprio mio,
Y no traspasaré llano ni cumbre
Sin que vuestro consejo me dé lumbre.»

Responden los que deben obediencia,
Y César con la gente mas granada:
«Vos, señor, teneis ciencia y esperiencia
Para nos adestrar en la jornada;
Vuestra boca pronuncie la sentencia,
Y esa será por todos aprobada,
Pues como por tan buen seso se ordene,
Todo se guiará según conviene.»

Reconocidas estas intenciones,
Luego, según las suyas, determina
Dejar aquellos senos y rincones
Y dar la vuelta sobre la marina,
Para hacer con nuevas poblaciones
Albergos de la gente peregrina;
Y no fué la partida menos presta
De lo que fué durable la respuesta.

Y así, sin ofrecerse desavíos,
Llegaron á la playa ya notoria
Con aquellos despojos y atavíos
Que suele dar la guerra meritoria:
Salieron luego los de los navios
A dar el parabién de la victoria
Con encarecimientos elegantes
Usados en negocios semejantes.

Cumplidos eran ya los dias veinte
Del mes nombrado del bifronte Jano,
Del año que dijimos ser presente,
Y día del beato Sebastiano,
Cuando para trazar pueblo potente
Cristiano morador tomó la mano,
Repartiendo por orden los solares
En el istmos que goza de dos mares.

Segun comodidad se dió la traza
Por diestros y peritos medidores:
Lo que era monte se desembaraza,
Talándolo los nuevos pobladores;
Señalaron iglesia, dióse plaza,
Y á San Sebastián dos de los mejores
Solares, donde hay hospital nombrado,
Y es hoy como patron reverenciado.

Nombráronse justicias ordinarias,
Segun dispusieron de justo fuero,
Con otras muchas cosas necesarias,
Las cuales de presente no refiero,
Pues á causa de ser muchas y varias
Se quedan para el canto venidero;
Y de presente tengo justa causa
Por donde me conviene hacer pausa.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia.

La punición á veces es tan buena
Para todos, que no tan solamente
Corrige los delitos y refrena
Al loco y atrevido delincuente,
Pero también avisa que en ajena
Cabeza se reporte y escarmiento
Quien estaba dispuesto por ventura
Para hacer alguna travesura.

«Esta verdad ejemplo fué patente
La gran rota del indio mas cercano,
Adonde fueron muertos solamente
Seis ó siete caballos y un cristiano,
Y de los indios numerosa gente;
Que por entonces sin probar la mano
Estuvieron dudosos y perplejos,
Así cercanos como los de lejos.

Heredia, vistas las perplejidades,
Mandó luego partir al indio viejo
A los cercanos pueblos y ciudades,
Rogándole que diese por consejo
No rehusasen estas amistades
Agora que tenían aparejo,
Porque si procedían en la guerra
Asolaríanles toda la tierra.

Diéronsele cosillas que de España
Traían castellanias compañías,
Con que la vista bárbara se engaña
Teniéndolas por ricas mercancías;
Corinche prometió de darse maña
Y dar la vuelta dentro de tres dias,
El cual partió para Carex el rico,
Por haber Carex grande y Carex chico.

Este indio tractó hidalgamente
Aquel negocio que se le encomienda,
Encareciéndoles de nuestra gente
Su noble condición y su vivienda;
Pero Carex respóndele que miente
Porque él sabe que roban la hacienda;
Y así le dijo qué no quiere vellos,
Y si algo quieren dél que vengan ellos.

Vista la voluntad que manifiesta
Con amenazas otras que no cuento,
Al Heredia volvió con la respuesta
Representándole su mal intento:
El gobernador hizo gente presta
Para punir aquel atrevimiento,
Y con soldados válidos ocupa
Un grande bergantín y una chalupa.

En ellos van ducientos y cincuenta
Soldados, de quien él se certifica
Ser tales que saldrían sin afrenta
Deste recuento donde los aplica:
Ante Carex el grande se presenta
Adonde llaman hoy la Boca-chica,
Y allí se muestra cantidad inmensa
De bárbaros dispuestos á defensa.

Los españoles ya breve desvió
De la playa largando los resonos,
En ella saltó luego Juan de Jio
Y dos hermanos dichos los Cerones:
Acuden estos al primer bubio
Rompiendo por soberbios escuadrones,
Por ser aquella cara señalada
Y en ella mucha gente reparada.

Allí de la primer arremetida
Mataron muchos, y al cacique prenden;
Pero la multitud fué tan crecida
De los que con orgullo lo defienden,
Que Cristóbal Caron quedó sin vida;
Los dos aunque heridos no pretenden
Saltallo, ni los indios tal pudieron
Hasta que ya los nuestros acudieron.

Enciéndose de nuevo la pelea
Convocándose muchos naturales
Que Piorex exhorta y espolea
Y Curixix, señores principales,
Porque del término que señorea
Carex eran aquestos generales;
Mas en los sanguinos desconciertos
Ambos á dos allí quedaron muertos:

Con otra mucha gente que se calla,
Pasados de mortíferos barrenos,
Que sin cubrirse jacerina malla
Al señor defendían como buenos;
Mas no costó tan poco la batalla
Que no hiciesen de los nuestros menos
Diez ó doce soldados, cuya muerte
Quitó quilates á la buena suerte.

Al fin con el sangriento torbellino
Prevalcieron españolas manos,
Saqueando las casas del vecino
Para poner temor á los cercanos:
Donde se recogieron de oro fino
Cien mil ó pocos menos castellanos,
Demás del alimento que se lleva
Para sustento de la ciudad nueva.

Pasaron á Caron incontinente,
Pueblo del de Carex poca distancia,
Mas este recibiólos blandamente
Redimiéndolo su mal con su substancia:
Dió joyas de valor con que se aumente
La codiciosa sed y la ganancia,
Porque el ardor cruel desta fatiga
Cuanto mas bebe menos se mitiga.

Quedaron los demás pueblos ileso,
Matarapa, Cacon y el de Cospique,
Porque se muevan á mejores sesos
Cuando la rota deste se publique:
Volviéronse con muchos indios presos
De Carex, y con ellos su cacique;
No se les hizo tractamiento malo
Antes grandes caricias y regalo.

Asegurándoles de mas combate
Como tuviesen corazón sincero,
Dándoles muchas cosas de rescate
Y á Caron, un insigne hechicero,
Le ruegan que con otros pueblos trate
De la paz, y les sea medianero;
Porque los deste término marino
Lo tenían por mago y adivino.

El respondió por términos urbanos
Que todo lo posible se haría,
Pero que se le diesen dos cristianos
Para llevarlos en su compañía;
Allí los mas valientes y lozanos
Teníanla por temeraria vía,
Escepto dos mancebos caballeros
Que no dudaron ser sus compañeros.

Uno don Pedro de Abrego se llama,
De Sevilla, tenido por valiente;
El otro don Francisco Valderrama,
De Córdoba, no menos eminente:
Estos sin recelar bárbara trama
Adonde va Caron ponen la frente,
Y con gentiles bríos y donaire
Llegaron al gran pueblo de Bahaire.

Del cacique Dulió fué recibido
Caron, con gran contento y alegría,
No sin admiración después que vido
Venir con él estraña compañía:
Ocurren cuantos hay de su partido
A ver la nueva gente que venía,
Tanto que los ponían en aprieto,
Pero con grandes muestras de respeto.

Después de ya hablar en su lenguaje
Y á su modo palabras placenteras,
Caron dió relación de su viaje
A lo que pareció muy á las veras,
Con toda la substancia del mensaje
De parte de las gentes estrangeras;
Y el Dulió, vista la razón propuesta,
Pidió dos días para dar respuesta.

El Caron con tenello por amigo,
No sabiendo si bien ó mal ordena,
No las tenía ya todas consigo
Y quisiera volver á Cartagena:
Pero los caballeros dos que digo
Le dijeron que no tuviese pena,
Porque cualquiera dellos solo hasta
A destruir aquella fiera casta.

Diélen luego con lengua bien instruta
«Dirás al perro hijo de la perra
Que el español no teme gente bruta,
Ni nosotros saldremos de su tierra
Hasta llevar respuesta resoluta
O de la blanda paz ó dura guerra;
Que determine luego lo que quiere,
Y espere dello lo que le viniere.»

Estas razones y otras que no toco
Notó Caron y estuvo bien atento,
Pareciéndole ser término loco
Tener allí tan gran atrevimiento:
Nada les respondió, mas desde á poco
Mostró con lágrimas su sentimiento,
Dulió que vido muestras mal sonoras
Le dijo: «¿Qué es la causa por que lloras?»

El respondió: «Sabrás que no lamento,
Dulió, por ocasión á mí tocante,
Sino tu destrucción y asolamiento
Si no vas con nosotros por delante;
Porque esta nación es, á lo que siento,
Con enemigos fiera y arrogante,
Pero con los amigos apacible,
Regalándolos todo lo posible.»

El dijo: «No son tales mis concetos
Que piense contrastar su duro marte,
Mas á los míos aunque son subyectos
Heme de subyectar á dalles parte,
Porque con pechos sanos y quietos
Aquesta paz reciban de buen arte,
Pues ningún señor hay tan absoluto
Que no deba cumplir este tributo.»

«Esto sin falta se hará mañana,
Y la contradicción terná castigo;
Habla con esta gente castellana
Certificándoles que soy amigo,
Y pues mi voluntad la tienen llana,
Sea la suya tal para conmigo;
Aquí se holgarán dos ó tres días
Porque no quiero ir manos vacías.»

Los bárbaros acentos declarados
Por lengua que la suya determina,
A cada uno de los dos soldados
De oro se les dió chaguala fina,
Cuyo valor montó hartos ducados;
Y así perdieron ambos la mohina,
Demás de tener mesas proveidas
Abundantísimas de sus comidas.

Hizo congregación día siguiente
De capitanes y otros caballeros,
Y dijoles ser cosa conveniente
Confederarse con los estrangeros,
Pues su destrucción era patente
Teniéndolos cercanos y fronteros,
Si con paz, discreción y aviso bueno,
A sus intentos no ponían freno.

Que tanteasen bien como discretos
Que las guerras consumen los poderes,
Y cómo no responden sus efectos
A los precipitados pareceres;
Demás de vivir todos inquietos,
Descarriados hijos y mujeres;
Y así su parecer, que muchos mide,
Era de dar la paz que se le pide.

De aquellos capitanes el mas viejo,
Oida su razón, incontinente
Le dijo: «Buen Dulió, vos sois espejo
Donde contempla cada cual su mente;
Nadie, teniendo vos ese consejo,
Hay aquí que lo tenga diferente:
Con vuestra voluntad medida la nuestra,
Pues la de todos es la misma vuestra.»

Otro con soberbisimo denuedo,
Pesándole de las conformidades,
Levantóse diciendo: «Yo no puedo
Sufrir acobardadas poquedades;
Parece que te ciscas ya de miedo,
Pues apetece estas amistades;
Perdido va, Dulió, tu fuerte brio,
Mas no se perderá jamás el mio.»

El Dulió, vista la soberbia vana
Y ser principio de otros embarazos,
Alzó con gran presteza la macana
Tirando golpe de nervosos brazos:
El cual, como se dió de buena gana,
Le hizo la cabeza dos pedazos;
Necesario no fué golpe segundo
Para sacallo fuera deste mundo.

El hecho del cacique se engrandece
Por todos, y otra cosa no se trata
Sino decir que tal pena merece
El que contra su rey se desacata:
Con aquesto la junta se fenece
Y la contraria duda se desata,
Pues todos, por tener mejor aviso,
Vinieron en lo que el cacique quiso.

En este tiempo los de Cartagena,
Que de Caron hicieron confianza,
Tenían por los dos soldados pena,
Pareciéndoles mal tanta tardanza;
Y el gobernador mas, el cual ordena
Ir á buscallos, no con gran pujanza,
Mas solos veinte y dos en el navio
De que era capitán el Juan de Jio.

Llegaron á la boca del estero,
Por do para Bahaire hacen vía;
No puede navegar el marinero,
Que la chalupa mas fondo pedia;
Mandósele soltar al artillero
Dos piezas que declaren quien venía,
Porque si gozan de vital aliento
Los dos acudan á su llamamiento.

Ellos, reconociendo los motivos,
Para de su salud hacellos ciertos,
Con indios que de paz no son esquivos
Bajaron en canoas á los puertos;
Aumentábase los gozos en ver vivos
A los que ya contaban con los muertos;
Mas el Dulió con barca mas lijera
Ganó con el Caron la delantera.

Al buen Heredia hizo sus ofertas
Con mansas señas y palabras blandas,
Que daban los intérpretes abiertas
En idiomas propios á las bandas,
Y dijole: «Si yo tuve reyertas
Por aceptar la paz que me demandas,
Caron y las personas de quien fias
Diran lo que me pasa con las mias.»

«Porque no pudo ser sin fin sangriento
De cierto capitán, hombre robusto,
Que procuró poner impedimento
A los efectos de negocio justo,
Debiendo medir siervos su contento
Con lo que á su señor diere buen gusto:
Sé que coligirás de lo que digo
Que deseo la paz y soy amigo.»

«Esta será segura por mi parte,
Sin atender á varios pareceres;
Bien puedes para mas asegurarte
Venir conmigo, si por bien tuvieres,
Porque, cierto, deseo regalarte
Segun yo soy, que como quien tú eres,
Mis ministerios no serán tan altos
Que suban de valor á no ser faltos.»

No tuvo desabrida la respuesta,
Antes con el Dulió se partió luego
Adonde se le hizo grande fiesta,
Mas no quiso tomar mucho sosiego;
Y porque no partiese con la siesta,
De parte del señor hubo gran ruego,
Y aun que esperase la mañana
Por venir la tiniebla ya cercana.

Heredia respondió cumplidamente
Con el aviso que menester era,
Diciendo que no puede de presente
Dejar de se tornar á su frontera;
Pero si puede ser día siguiente
Vayan á Calamar, do los espera,
Porque también querría cuando fuese
Agasajallo con lo que pudiése.

Y que, pues era principal cacique,
De comarcas defensor y capa,
Procurase llevar los de Cospique,
Cocon, Caricocox y Matarapa,
A los cuales la paz les certifique,
Sin engaño, cautela ni solapa,
Porque si todos vienen á lo bueno,
Ternian quietud en su terreno.

Con esto se pusieron en camino
Con la chalupa de comida llena,
Y á los dos caballeros por quien vino
Mandó volver también á Cartagena,
Porque le parecía desatino
Quedarse solos en aquel arena:
Rogáronle con encarecimientos
Que no les perturbase sus intentos;

Porque serían sus trabajos vanos,
E ya de corazón poco constante,
Dejar aquel cacique de las manos
Hasta que lo llevasen por delante,
Porque para hacer los otros llanos
Era negociacion muy importante;
Y en aquesto hicieron tal instancia,
Que se quedaron llenos de arrogancia.

El buen gobernador fué navegando
Con manso viento que les aspiraba,
Y á su nueva ciudad llegaron cuando
El curso de la noche demediaba;
En tierra saltan todos publicando
Aquel efecto que se deseaba,
Diciendo que Bahaire con su gente
Los recibió caritativamente.

Y que paz de su parte se pregona
Por los cercanos puertos y bahias
Con subyección á la real corona,
La cual darían antes de tres días,
El cacique Dulió por su persona,
Y con él otras muchas compañías;
El pueblo recibió mucho contento,
Deseando de ver el cumplimiento.

Lo cual efectuó, y así lo hizo
Aquel cacique y otros señalados,
Y trajo joyas de metal obrizo,
Que valieron sesenta mil ducados,
Demás del grano con que satisfizo
La hambre que tenían los soldados,
Llenas canoas de comidas varias,
A nuestros españoles necesarias.

Entrados los caciques en la villa,
Suntuoso convite les fué hecho,
Abundante de vino de Castilla,
De que mucho gustó bárbaro pecho;
Diéronles muchas cosas, que sencilla
Gente juzgaba ser de gran provecho,
Como corales, cuentas y bonetes
Colorados, cuchillos y machetes.

Y así los reyes desta pertenencia,
Que tuvo cada cual reino distinto,
Dieron el vasallaje y obediencia
Al gran emperador don Carlos quinto:
Hízose con solemne diligencia,
Que no referiré, por ser sucinto;
Solo diré tener principios buenos
Para poder entrar otros terrenos.

Teniendo pues de paz aquella raya,
Dejando guarda como convenia,
Determinóse que la flota vaya
A Zamba para ver lo que tenia;
El gobernador iba por la playa
Con bien aderezada compañía,
Y con ellos la india Catalina,
Que deste dicho puerto fué vecina.

Como con el récato conveniente
Llevasen por delante corredores,
Dos hombres de caballo y el teniente
Prendieron á dos indios pescadores:
Hablóles Catalina cuerdamente,
Diciendo, que perdiesen los temores
Y no tuviesen miedo de cadena,
Pues la que vian era gente buena.

«Estos, decía, son nobles cristianos,
De costumbres loables y excelentes,
Y vienen para ser vuestros hermanos
Y á hacerlos sus deudos y parientes:
Jamás tuvieron violentas manos
Contra los que se muestran obedientes;
Mis ojos propios son buenos testigos
De cómo saben ser buenos amigos.

»Mas no se libra de su lanza dura
Quien por contrario riesgo se desgalga:
Por tanto, pues hay buena coyuntura,
Decid á Zamba que de paz les salga,
Porque para tener vida segura
No hay otro remedio que les valga;
De paz está Carex y la marina
De cuanto por aquel compás confina.»

Entendieron los indios el lenguaje,
Y fué también la india conocida,
Por ser de su lugar y su linaje
De parentela luenga y estendida:
Admiranse de ver en nuevo traje
La que nació de madre no vestida,
Pues allí hasta partes impudentes
Suelen andar abiertas y patentes.

Fueron los indios pues en la demanda
A lo que pareció con buen intento,
Porque por las palabras que se manda
Refirieron aquel razonamiento;
Fué la respuesta que les dieron blanda
Y no con variedad el cumplimiento,
Antes salió del pueblo mucha gente
Con comidas y algun otro presente.

Al gobernador dieron joya fina
Para suplir algunos menesteres;
Ocurrían á ver á Catalina
Número no pequeño de mujeres,
La cual como servía de madrina
No dejó de sacar para alfileres,
Y aun con lo que sacó de la cacica
Otra de mas estofa fuera rica.

Aunque, según las relaciones nuevas
Que de la villa de Mopox me envía
El antiguo soldado Juan de Cuevas,
No fué poco sangrienta la porfia,
Pues antes de la paz hicieron pruebas
De lo que cada cual parte podía;
Mas Gonzalo Fernandez no da cuenta
Sino de lo que aquí se representa.

Salió de paz ansimismo Tocana,
Señor de Mazaguapo, con Guaspates
Y los de la ciudad de Turipana,
Y Cambayo, cacique de Mahates:
A los cuales la gente castellana
Dió bonetes, camisas y rescates,
Con aquellas apacibilidades
Que suelen granjear las voluntades.

De muchos indios dellos se barrunta
Que vienen á mirar y ser testigos,
Y teniendo sospecha que en la junta
Los menos corazones son amigos,
Heredia con la lengua les pregunta
Si tienen en sus tierras enemigos,
Para que con sus armas y caballos
Vayan los suyos á desagrallos.

Respóndele Cambayo: «Si sois tales
Que deseais empresa generosa,
De todas las ciudades principales
Sola Cipacua es mas poderosa,
Cuyos vecinos son mis capitales
Contrarios, con pelea rigurosa;
Y como tú, señor, subyectes esta,
Ningun peligro hay en lo que resta.

»Bien creo que saldrás con el intento,
Y si me haces este beneficio
No faltará mi reconocimiento
Con gran obligación á tu servicio:
Eres hijo del sol á lo que siento,
Y aqueste siempre te será propicio,
De mas de que también de parte mia
Irá muy bien armada compañía.»

El Heredia riendo le responde:
«Esa Cipacua para sojuzgalla
No resta mas de que sepamos dónde,
Para dársela luego la batalla;
Pero si da la paz y no se absconde,
Has de saber que tengo de guardalla,
Y quien por buen amigo se me diere
Hésete yo de dar mientras viviere.»

El bárbaro, no de razon ajeno,
Antes al parecer hombre bastante,
Dijo: «Señor, tú hablas como bueno,
Mas no vernán á tracto semejante,
Porque los que dominan aquel seno
Es gente poderosa y arrogante;
Y si pasión acaso no me ciega,
En las manos tenemos la refriega.»

A su razon Heredia respondia:
«Huelgo de que me quieras por padrino;
Apercibe tu gente, yo la mia,
Agora con el nubló vespertino,
Para que con la nueva luz del dia
Nos pongamos en orden y camino;
Y si no vienen á la paz que digo
Verás en ellos ejemplar castigo.»

Quedó pues el negocio concertado
Cuando faltaba ya febea lumbre;
El indio con solícito cuidado
Apercibió guerrera muchedumbre;
El gobernador sabio y avisado
Velóse según tiene de costumbre,
Pues aunque parecia gente noble
Sospechaba poder ser tracto doble.

Y cuando la dorada cabellera
De Febo descubrió por el oriente,
Vieron cubierta toda la ribera
De bien compuesta y ordenada gente;
Llamó todos los suyos á bandera
El buen gobernador por consiguiente,
Que bien apercebidos acudieron
Porque la noche toda no durmieron.

A sus cuadrillas bárbaras atentas
Dijo, haciendo señas, el Cambayo:
«Mirad que no demandan las sangrientas
Rencillas cobardía ni desmayo,
Y que para vengar vuestras afrentas
Llevamos fuerzas de divino rayo,
Pues aqueste señor que nos ayuda
Hijo del sol debe de ser sin duda.

»Hagamos el deber en las contiendas,
Pues vamos amparados de tal muro,
Tomando del contrario las enmiendas
Que para todos fué cruel y duro;
Ireis á vuestras casas y haciendas
Cada uno de vos sobre seguro,
Y gozareis de vuestras granjerías
Ansí de cazas como pesquerías.»

Aquesto dicho, luego los provoca
A caminar con ordenada mano;
Y como la distancia fuese poca,
Llegaron aquel dia muy temprano
Al primero lugar que llaman Oca,
A Cipacua subyecto y sufragano,
Do no hallaron ánima viviente,
Mas todo su caudal allí presente.

Como viesen la gente ser huida
Y de sus bienes cosa no faltase,
Mandóse que so pena de la vida
Alhaja ni comida se tomase,
Sino que fuese presta la salida
Y sin tocar en cosa se dejase:
Ningun español hay que se desmande
Ni cosa recogió chica ni grande.

Pero los indios, no bastando ruego,
Amenazas de muerte ni otros males,
Todas las casas saquearon luego
Robándoles los bienes y caudales;
Y aquesto hecho les pegaron fuego
Con otras malas obras de bestiales,
Y huyen por quebradas y peñoles
Dejando solos á los españoles.

Los indios que dejaron sus posadas
Y fueron á Cipacua con recelo,
Como viesen las grandes ahumadas
Que con centellas van al alto cielo
Suenan de las viudas y casadas
Clamores que causaban desconsuelo,
Y ocurre mucha gente de pelea
A ver los que quemaron el aldea.

Revuélvese terrible torbellino
Con gran selva de flechas y macanas,
Y á brevecillos pasos de camino
Encontraron las gentes castellanas:
Los gritos son con tanto desatino
Que no parecen ser voces humanas;
Pero con parecer infernal ira
De todos cuantos son ninguno tira.

El Heredia no menos importuno
A la lengua para que los exhorte
De cómo no les hizo mal alguno
Ni fué participante ni consorte,
Antes está del hecho muy ayuno
Y que su gente tuvo gran reporte,
Siendo solos los indios de Mahates
Los maestros de aquellos disparates.

Y que promete, si Cipacua quiere
Venganza por el daño recibido,
De dalles tal castigo cual requiere
El crimen y delicto cometido,
Y de tal modo que mientras viviere
Se recuerde quién fué tan atrevido,
Aunque su condicion y su costumbre
Es el amor, la paz y mansedumbre.

Mas agora, por el atrevimiento
De hacer la maldad en su presencia,
Había de mudar su buen intento
Si le daba Cipacua la licencia;
Rogábales también que del asiento
Ninguno cure de hacer ausencia,
Sino que se quieten y estén quedos
Apartando de sí pesados miedos.

Item, promete con verdad sincera,
Porque su ciudad no desampare,
De no meter en ella su bandera,
Antes adonde está manda que pare
Para se ranchar por acá fuera,
Donde el señor cacique señalare,
Y esto se cumpliría sin que vea
Desdén ni vuelta que contraria sea.

La lengua dijo lo que le mandaron,
Usando fielmente del oficio,
Lo cual los principales escucharon,
Siu que de pelear diesen indicio;
Mas antes todos ellos mitigaron
Los clamores y el áspero bullicio,
Y el señor, entendidas las razones,
Aceptó las honestas condiciones.

Y así dijo: «Con esa confianza,
Y que castigareis á mi contrario,
Me huelgo de hacer el alianza,
Y de seros amigo tributario;
Por asiento terneis esa labranza,
Donde yo proveeré lo necesario;
Sabed guardar los pactos como buenos,
Que por mi parte no vernán á menos.»

Esto dicho, se fué con sus vasallos,
No con resabios de voluntad mala,
Antes con intencion de regalallos,
Como con lo posible los regala;
Los nuestros arrendaron sus caballos
En el mesmo lugar que les señala,
Y cada cual compone y adereza
Hamaca do recline la cabeza.

Luego los indios desde sus posadas
Enviaron algunos ricos dones,
Y cuatrocientas viejas que cargadas
Iban de diferentes provisiones,
Que mandó repartir por camaradas
Heredia, dando largas las raciones,
Y las joyas con las demás juntasen
Para que se repartiesen y quintasen.

Vinieron á los ranchos después desto
Sobre cien mozas bien encaconadas,
Cada cual dellas de gracioso gesto,
En todos miembros bien proporcionadas,
Pero todas en traje deshonesto,
Porque sus cueros eran las delgadas,
Y el vergonzoso y ampollado vaso
Con natural labor en campo raso (1).

No vírgenes vestales, sino dueñas,
Ansimismo algunas conyugadas,
Pero solteras todas y risueñas,
Y para lo demás aparejadas;
Al fin se conoció por ciertas señas
Que debían de ser enamoradas,
Pues por allí también hay cantoneras
Y mujeres que son aventureras.

Y todas en comun son generosas
En dar lo que les dió natural uso,
Sin el de vestiduras engañosas
Ni del que suele ser velo confuso;
En efecto por ser estas hermosas,
Pueblo de las Hermosas se le puso,
Y así Cipacua, porque lo merece,
Con este mismo nombre permanece.

Traían por los cuellos y muñecas
Cuentas de oro, y otros ornamentos
De chaquiras compuestas á sus rucas,
Labradas con mal primos instrumentos.
En efecto, volvieron boquisecas
Y defraudadas de sus pensamientos,
A causa de que los de nuestras gentes
Serían de los suyos diferentes.

(1) Estos dos versos van rayados en el original, y al margen sustituidos de mano de Pedro Sarmiento con los siguientes:

Y las partes impuras al orco
Con un bestial y rústico rodeo.